GILBERT WARREN NUTTER

(1923 - 1979)

Nació en Topeka, Kansas, Estados Unidos. Su padre, ingeniero que trabajaba en el ferrocarril de Santa Fe, falleció antes de que el naciera. Ambos progenitores eran músicos.

Estudió en la universidad de Chicago, donde se doctoró en 1949. Se casó con Jane Couch, hija del editor de la University of Chicago Press.

Entre 1950 y 1956 enseñó en Yale, y desde entonces en la universidad de Virginia.

Entre 1969 y 1973 fue subsecretario de defensa, encargado de asuntos internacionales, durante la primera presidencia de Richard Nixon.

“Lo conocí en 1961, cuando me enseñó teoría de los precios, pero no como pirotecnia formal –aunque estaba en condiciones de hacerlo, pero temía que la matematización le quitara sustancia al análisis-, sino como análisis de cómo los mercados incorporan aspectos de la realidad. A comienzos de la década de 1960 probablemente la universidad de Virginia fue la única que puso énfasis en la economía política” (Roberts, en Nutter, 1983).

“Nunca aceptaba lo ‘inevitable’” (Roberts, en Nutter, 1983).

¿Por qué los economistas nos acordamos de Nutter? Porque, junto con James Mc Gill Buchanan, fundó la “escuela de economía de Virginia”, donde atrajeron a colegas de la talla de Ronald Coase, Gordon Tullock, Alexandre Kafka, George Stigler y Leland B. Yeager. “Contribuyó a la teoría de los precios, los sistemas económicos comparados y la organización industrial” (Roberts, en Nutter, 1983).

“En sus estudios empíricos se ocupó de cuestiones centrales... En La cuantía de la empresa monopólica en Estados Unidos, 1899-1939, encontró que no había aumentado el grado

de monopolio durante las 4 décadas investigadas, excepto en las industrias que operaban bajo el control o la supervisión gubernamental” (Roberts, en Nutter, 1983).

“A fines de la década de 1950, comienzos de la de 1960, había interés mundial por la performance de la economía soviética. En Crecimiento de la producción industrial en la Unión soviética, mostró que su tasa de crecimiento era significativa, pero nada espectacular a largo plazo, comparada con la que se había verificado en Estados Unidos en similar etapa de su desarrollo. Además de lo cual mostró que las estadísticas oficiales sobreestimaban el crecimiento soviético, y que encima estaba disminuyendo. También escribió Crecimiento del sector público en Occidente” (Roberts, en Nutter, 1983).

“Debido a las cuestiones que abordó, siempre dudó de la posibilidad de que la técnica y la terminología del análisis económico, pudieran trasplantarse al resto del análisis de la acción humana. Para él los economistas pretendían demasiado, a partir de supuestos de comportamiento humano demasiado estrechos” (Roberts, en Nutter, 1983). “Para el economista el ser humano es un animal que adopta decisiones, para quien todos los bienes son mensurables y sustituibles entre sí. Por consiguiente, el ser humano es más feliz en el mercado... Desde hace mucho tiempo me siento incómodo con esta visión estrecha, que algunos estimados colegas intentan exportar a otras ciencias sociales, de manera imperialista... Pues bien, el mundo es más que un mercado, y muchos valores no son objeto de transacciones mercantiles. Ninguna teoría del comportamiento social es completa a menos que incluya la pasión de la masa, el fervor del mártir, la lealtad de la guardia del palacio, y la insaciabilidad del egomaniaco. Por lo cual los verdaderos problemas de la sociedad nunca van a ser explicados o resueltos por el análisis económico o político” (Nutter, 1983).

“La cuestión del proceso está presente en sus trabajos... El óptimo de Pareto no se puede definir con independencia de la forma en que se logra. Al movernos hacia el óptimo, éste se mueve... Los profesores borran los diagramas que plantean en el pizarrón, y empiezan otra vez de cero. Pero en la realidad no hay borrador” (Roberts, en Nutter, 1983).

“Sin fe en nuestros principios, los líderes se ven obligados al secreto y a la manipulación, y sus políticas fracasan por la desconfianza del pueblo. Para los pragmáticos esto puede sonar muy profundo, para los escépticos muy dogmático, y para los realistas muy ingenuo. Pero el pragmático tropieza con los principios, el escéptico les desconfía y el realista los descarta. Luego de considerar las alternativas, Nutter no le tenía miedo a los principios” (Roberts, en Nutter, 1983).

Nutter, G. W. (1983): Political economy and freedom, Liberty press.